

UC Berkeley

Lucero

Title

María del Carmen Colombo

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/77x9g3t1>

Journal

Lucero, 14(1)

ISSN

1098-2892

Author

del Carmen Colombo, María

Publication Date

2003

Copyright Information

Copyright 2003 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

MARÍA DEL CARMEN COLOMBO

María del Carmen Colombo nació en Buenos Aires, Capital Federal, Argentina. Estudió Letras y Filosofía en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Integró el grupo de poesía El Ladrillo. Ha publicado los siguientes libros de poemas: *La edad necesaria* (1979); *Blues del amasijo* (1985); *Blues del amasijo y otros poemas* (1992, reeditado en 1998); *La muda encarnación* (1993) y *La familia china* (1999); además publicó *Santo y Señá* (publicación conjunta, 1984) y *Folletín* (plaqueta, 1998). Recibió, entre otros, el Primer Gran Premio de Poesía V Centenario, organizado por el Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires (1992). Integra antologías de poetas argentinos publicadas en el país y en el extranjero y colabora en diarios y revistas. Muchos de sus poemas han sido traducidos al inglés, al francés, al italiano y al portugués. Coordina talleres literarios. Actualmente, forma parte de Sudestada (Asociación de Escritoras de Buenos Aires) e integra la Comisión Directiva de SEA (Sociedad de Escritoras y Escritores de la Argentina).

Del libro *La familia china*

Tierra Firme, 1999.

Son chinas las tres chicas, pintadas por el fino pincel de un copista oriental. Ojos como rendijas miran la escena de la madre, lavando el kimono en el piletón del patio. Las miradas finitas rayan las ojeras de la madre, imitación de la sombra de un árbol exótico. Le dibujan persianas cerradas para protegerla de un sol de siesta, insoportable.

El alma china de la familia se llena como una palan-gana porteña al compás de los dichos maternos del agua. Y las tres chicas recuerdan, al unísono, los agujeros dejados por las balas. Los agujeros del recuerdo, multiplicados por tres, ensucian con la sangre del padre el kimono que la madre lava, infinitamente, adentro del piletón de sus propias ojeras.

Recordar, abrir el ojal de una herida llamada ojo, provoca un dolor de sol, insoportable, entre ceja y ceja. Por eso, a la sombra de un árbol exótico, las tres chicas pintan el alma de un dragón subiendo al cielo, con el fino pincel de sus pestañas.

...

Cuando las tres chicas se acercan, el padre cierra el abanico de sus sentimientos, de golpe. Tiene miedo el padre chino de que el calor de sus hijas desplanche las rayitas de su alma, plisadas con suma paciencia por sus antepasados.

El miedo le hace pitar de una boquilla elongada hasta el límite. Chupa del pico el hombre, y de su boca evaporada por el humo se desprenden pensamientos finitos como el perfil de un pez raya. Es el opio de los pueblos con que carga su boquilla el que lo hace descifrar sus pensamientos en voz alta. «Esas tintorerías —dice de sus hijas— calientan la pava y después yo salgo hecho una planicie. Qué saben ellas, tan chiquitas, del trabajo que costó a mis antepasados imitar el oscuro abanico de las olas, escama por escama, durante milenios, hasta hacer de mi alma este biombo musical que sólo los hombres chinos saben desplegar con dignidad.»

Al escucharlo, la más china de las tres chicas desenrolla el caracol de su rodete en señal de rebelión. Cae ondulado el bandoneón de su pelo, y el padre recuerda el golpe, seco, de una sombrilla al cerrarse.

...

«El mar de la China está encerrado adentro del caracol, entre tus piernas.» Eso le dijo a La Mayor el inventor de medias transparentes que vive en la piecita de arriba. Y ella, que es muy impresionable, de noche siente que una víbora de seda se desprende de sus piernas, imantada por el aliento musical del instrumento que el hombre toca como fiera, en su piecita.

La sedosa serpiente soñolienta enrosca los peldaños de la escalera caracol, su talle de odalisca desnuda entre los velos se desliza, y sueña el cascabel en sus tobillos, bambolea el tambor de sus caderas: ábranse los húmedos anillos de la piel, esos poros de pulseras y platillos esos aros babilónicos aúllan el vacío de la selva, horror vacui de la boca, avanza sibilante presa

del cazador de su arcaico cuerno que llama a derramar esa abundancia. Sube viscosa, como si la respiración embrionaria del inventor guiara ese concierto, hasta el umbral donde se despereza, talle abierto pared de piel, chorrean espejitos las escamas, elevan su tiara de sudor: desde los senos hasta el sexo despliega la sonámbula serpiente, cuando el golpe de una puerta en su cabeza estalla plena la madera y rueda por los peldaños el ánima de media, transparente, cae desde arriba como en un desmayo entre las sábanas espesas del mar de una china que despierta y dónde estoy quién soy, sí, yo, La Mayor: aquí mi caracol ardiente debajo del kimono matinal y salgo y saludo con respetuosa inclinación el paso, agrio, del señor inventor que dice, entre dientes, como si algo hubiera adivinado: «rajá turríta, rajá».

...

En espacios reducidos es propicio menguar, como la luna y las mareas: la dirección del movimiento obedece a la necesidad. Es favorable decrecer con rectitud, orientados por el mapa nocturno que dibujan las tablas de planchar, cuando doblan sus hojas y culminan, firmes, en una reverencia.

Los biombos se someten al dictado de los tiempos y ceden, dóciles, las teclas de sus abanicos. Una escalera devora su propio caracol, peldaño por peldaño.

Algunos pensamientos ensobran sus intimidades y se apilan, al igual que las sábanas, en prolivos acordeones. Las mentes más realistas se ajustan tanto al pan pan y al vino vino, que después se desparraman en otras dimensiones, como la gente que vive apiñada en una pieza y sueña con la amplitud del paraíso.

...

En el cine teatro Olavarría, el único número vivo es el trío de voces chinas El Trébol: con fondo de timbales las artistas se presentan en el escenario, y después

de una triple reverencia, comienza el recitado cuando el gong así lo indica.

«Japonesitas, coreanas nos dicen, pero nosotras somos chinas, chinas de la Manchuria», gritan las chicas al unísono, mientras golpean el piso como encastradas, con uno de sus dos pies diminutos. Y apelando a un tono de familia, conceden con desprecio, en fila y de perfil a la platea: «Porteños provincianos todo lo confunden». Agregan, ahora sí, de frente y enojadas: «Está bien que en los puertos los pensamientos se mezclen como mercaderías al sol. Pero es un atropello a la moral china, este cambalache que convierte en mamarracho todo lo que toca. Que mezcla las sangres en la memoria, ah..., colorinches del pensamiento de esta tierra». Avanzan por el escenario las tres juntas y paradas en la orilla de la plataforma, descargan sobre el público unos dedos de espadachín cuando preguntan: «¿Te dicen japonés y sos malayo? ¿Colchonero te llaman y sos cura? Qué rabia, qué dolor, qué desencanto», gritan las chicas y llevan como marionetas sus manos al peinado. Más delicadas y mientras retroceden, se arrojan sigilosas en sus batas de seda: «Argentinos —sentencian— basta de confusión, no se dejen engañar como libélulas enamoradas de la imagen de las cosas y no de las cosas mismas».

Siempre al llegar a esta parte del parlamento, suenan las castañuelas acuáticas porque El Trébol se despide. Sin despegar los seis pies del piso, las tres bocas arrastran las palabras, hasta que cada sílaba del estribillo se separa lo suficiente como para evocar el fraseo de su lengua madre: «Ja-po-ne-si-tas-co-reanas-nos-di-cen».

La gente aplaude con ganas, y nunca se sabe si es porque el Trío colmó sus expectativas, o porque la retirada de las muchachas anuncia el comienzo de la primera película.

...

Paisaje sin concierto de las casas del barrio. Sobre todo el fluir dislocado de los techos que delata la desarmonía de sus habitantes. Adictos al etílico pincel, de gorda brocha entintada, lo pintaron un día, seguramente calígrafos disidentes del imperio, maestros viscerales atacados por la furia.

Por allí se desliza el contrahecho, un mamotreto al que los chinos llaman el Hombre de Pekín. «Oscuridad, humillación, servidumbre —avanza entre brochazos y rabiosos manchones, lanzando frases como navajazos al aire—: Errantes y proscritos andamos», dice con tono sentencioso el garabato de su boca.

A su paso, cientos de abanicos y párpados suspenden en el aire su batir de mariposas: atruena ese vacío como una eternidad que el viejo mamarracho recorre con sus dichos: «deseamos y no podemos satisfacer, ambicionamos y no podemos realizar».

Cuando el Loco se pierde entre los escombros de la lejanía, el paisaje pierde peso, dramatismo, y en el desvío su dibujo adquiere la alegría turística que alivia un poco a los desheredados.

Del libro *Bestiario sentimental*

*

Rubios velos de ninfa
aterradas corazas las morenas
vayan ellas al mundo
Pero a mí no me saquen del cajón
enterrada en mi dédalo casi
desnuda no me tiren
de la manga
para qué desovillar
una bota nos acecha
oculta
en la humedad yo mamo
de mi dedo propio
como una
monja en su destierro

**

Lo que mata es el cuerpo
deprimido, el color negro
azuza los instintos
de un fanático del ojo. Existo
aunque no me veas, mentiría,
lo que mata es la cursiva de mi voz,
escapo de su vista. Y hurga
como si buscara el alma: inútil, insectos
y poemas no tienen. Nada,

entre líneas sus ojos huelen el horror
literal: *la poesía es una forma
de ceguera*. Detener el agitado sueño
del entomólogo no puedo. Me clava en la pared,
ahora
toma distancia.
No me ves, pienso, no me ves.

Si mi deseo fuera perdurar
tomaría la forma
de tu especie. Pequeña
y húmeda desde el principio
de los tiempos
confundida con el charol
de la noche
como nuestra sombra

Hasta en una mosca se mira
el humano, un ser fácil
de apartar. Pero hacia vos
el viaje es pesadilla

El espanto nos une
compañera, no merezco
tu ofrenda, *estoy enferma
de amor*

*"Dolor de bestia perdida
que quiere huir del puñal"*

E. S. Discépolo

El puñal sin manos
de la pasión
de la fiebre

el puñal que muerde
hace gritar
a la bestia

el puñal perdido
en la carne
que quiere huir

y se revuelca sin
comprender
el castigo

la risa y las burlas
del puñal
de nadie

el horror del deseo
puñal sin razón
puñal de ausencia

FOLLETÍN

*"Me clavó en la cruz
tu folletín de Magdalena"*
E. S. Discépolo

Clavada
en la cruz de tu sueño
he vivido
sin voz ni nombre

arrepentida sin perdón
buscando al bueno
que me llamara Magdalena

pero eras hombre
y en la cruz de tu sueño
he vivido
anónima y callada

arlequín
no me hables de Jesús

CONJURO

*"sos una oruga que quiso
ser mariposa antes de morir..."*
E. S. Discépolo

Al llamado de la oruga
que quiso volar
y no pudo,

al canto de su imposible
deseo,
a la eterna condena
de esa ilusión
digo adiós

y al despedirme
soplo sobre mi sueño y me libero
imperdonable mariposa

ILUSIÓN DE ESTRELLA

Guiña
el único ojo
para persuadirme
como a los cristos
de que ella es todo:
estrella de consuelo
quiere que sueñe lejos
y corra detrás de nada
extraviada en su luz
argentina

CARTA A PAPÁ

Miserable estratagema
para tenerte: parecerme
a vos

ser en espejada lejanía
lo que brilla por ausencia
una estrella

¿sabías? ausencia es ese algo
de nada que hace falta
en el mar

como los muertos
en corazón sensible

no me llames ilusa, no me mires
con cara de víctima
nerviosa, estoy arriba
reina de la nada
ardiendo en mis heridas

soy tu pequeño espejismo
qué peor atadura

ah, si quisieras llegar hasta aquí
y entraras en esta luz vacía

en todo caso, si así fuera, querido mío
la luz hiere, la luz es realidad